

frente libertario

Madrid, 29 diciembre de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro, Serrano, 111

NUMERO 666

La mar, la charca y el charco La evacuación del Ebro

Allá en los meses tan heroicos y lejanos ya de julio de 1936, y también en aquellos otros mucho más próximos pero igualmente encendidos en entusiasmo y en pasión de lucha de noviembre del mismo año, del invierno y de la primavera de 1937, la guerra española tenía características acusadas de mar tempestuoso, de océano sacudido por el temporal. Todo era gigantesco, en aquella época, en la España leal. Las pasiones, los heroísmos, las locuras, las austeridades, los sacrificios, los desvarios, los entusiasmos, las abnegaciones, las ternuras, y, si place a nuestros enemigos, hasta las brutalidades y aun los crímenes, tenían perfiles de gesta, sentido alto de pueblo que escribe con su sangre la poesía épica de su libertad, el canto sublime de su triunfo.

Los hijos de la España antifascista marchaban a la muerte con un grito de entusiasmo en los labios, con un pensamiento enardecido en sus cerebros, con un sentimiento de fe honda en los corazones. Todo era poco, todo parecía poco para derrotar al enemigo. Nadie se paraba a pensar en los caídos, como no fuera para renovar las promesas solemnes y fáciles de triunfar a toda costa. Ni siquiera el dilema de "vencer o morir" se abría paso en el pensamiento y en la decisión de los trabajadores españoles. Se moría sin pensar en la muerte posible, sino únicamente en la victoria cierta. Y el dilema quedaba reducido a un "vencer" firme y rotundo que se clavaba en cada pedazo de tierra española que se conquistaba, y que se agarraba a las piedras y a los surcos cuando la presión enemiga hacía ceder un metro de terreno. Y estas cesiones ya fueron posteriores; inicialmente no se cedió ni un palmo de terreno; en julio de 1936 se vieron jornadas de continuo avanzar; el pueblo español se asemeja al huracán que todo lo arrolla a su paso; no había resistencia posible ante su coraje, ante su brío combativo. El enemigo se veía forzado a ceder, a ceder siempre. La violencia del impulso popular se asemeja, era en realidad, la tempestad en el océano que destruye todas las resistencias y anula todos los esfuerzos. El pueblo se había hecho mar y el mar, convertido en furia, en tempestad innarrable, dominaba, casi exclusivamente con su estruendo, a quienes pretendían oponerse a su voluntad desconocida y destinada a continuar eternamente incógnita.

Los enemigos del pueblo abandonaron como ratas que presienten el naufragio la nave del Estado; el Estado,

incapaz de resistir la violencia brutal y viril de la hora, navegaba a la deriva, haciendo agua por todas sus desvencijadas cuadernas; los "estatalistas", los que del Estado habían vivido hasta entonces, perdieron toda esperanza; era la "revolución" el "caos". Pero el pueblo, el país, la patria, la nación, esa entidad genérica a la que tantos y tan varios nombres se aplican y que significa, en todos ellos, la representación genuina y exclusiva de sentimientos, afectos, entusiasmos y dolores comunes, triunfaba en toda la línea. A golpes de heroísmo, derramando generosamente su sangre, se abría paso entre asechanzas y traiciones; a tiros, a mordiscos, con las armas o con las uñas, se aferraba a la victoria. Era la libertad, era el pan seguro, la vida digna, el trabajo redimido. Todo eso, mal que pesara a los "partidarios del orden", a los "defensores de la ecuanimidad", a los "enemigos del caos", vencía de una manera incontenible. Como vence el océano por el que corre desatada la tempestad.

Llegó, por desgracia, nuestro 18 Brumario. Se construyeron escolleras, se alzaron murallas, se cerraron trozos de mar libre y se rellenaron con escombros los huecos así obtenidos. El mar comenzó por perder su fiereza y terminó por dejar de ser mar. Las ratas, convertidas en ranas, volvieron a ocupar sus abandonadas posiciones. Pronto comenzaron a croar, a croar incansablemente, a aturdir a los trabajadores que luchaban, a ensordecen a los productores que cada día aportaban a la victoria el fruto de su esfuerzo. Y los batracios crecieron en tamaño y en cantidad, aumentaron su número y su volumen en tales proporciones, que llegó un momento en que ni siquiera el hombre que estaba en más elevada posición dentro de la España antifascista, pudo considerarse libre de sus contactos fríos. La angustia de tal proximidad llegó a su garganta y gritó a toda España la verdad de tanta inmundicia. Pero las ranas eran ya muchas, demasiadas para ser exterminadas... El mar se olvidaba en muchos cerebros. Sin grandeza, sin dolor, con despreocupación y con desvergüenza, la charca persistía, se extendía. Poco a poco, todo, casi todo, se había convertido en charca.

Sin embargo, todavía quedaban trozos de mar libre; aun quedaban lugares donde los seres de la charca no cabían, donde no encontraban posibilidad de vivir, donde el ambiente les era hostil. Y, sobre todo, vivía la charca y vivían, en ella, los pobladores de la misma. Había miasmas en el ambiente, la feti-

dez hacía daño a nuestro olfato, el croar estentóreo de los batracios sacudía nuestros oídos, el rebullir, sacudirse y rebrincar de tanto animal de piel vesicante y de sangre gorda hería nuestros ojos. Pero se vivía. La charca tenía una vida inmundicia, pero vida a pesar de todo.

Aun alienta ésta; aun se observan sacudidas, se escuchan sonidos, se perciben olores, se sienten contactos... Pero la charca decae, languidece, pierde la vida. Los sonidos se atenúan, el mal olor pierde intensidad, los movimientos se hacen lentos, premiosos. La charca casi no merece ya ese nombre, porque tampoco son esas sus características del momento actual y más aun del momento que se aproxima.

Y ante esto queda una pregunta: ¿Quedará todo reducido a un charco? ¿Volverá la tempestad a convertir a nuestro país en un mar de hirvientes pasiones?

Sólo el futuro puede contestarnos.



Ayer nos ha jugado una faenita la Naturaleza. En un rato que nos rindió el sueño, vimos cosas... cosas del más bello color.

Vimos en nuestro sueño toda una sociedad limpia de chupópteros.

Vimos una vida en la cual no rebullían los arribistas, los zánganos, los especuladores de toda clase.

Vimos que del mundo había desaparecido el egoísmo, la envidia, la deslealtad, la traición.

Vimos que la honradez y la Justicia tenían su culto especial en todas partes.

Vimos que el poderoso elevaba hasta su nivel a los humildes, abandonando los privilegios que le otorga su poder.

Vimos que la libertad se enseñoreaba del mundo y los hombres borraban las fronteras en un abrazo de amor y de paz.

Vimos que los puestos destacados de la dirección de pueblos estaban ocupados por personas capaces y de buena fe.

Vimos... es decir, quisiéramos ver más en sueño, pero la emoción nos despertó y sólo pudimos ver en el calendario la socarrona fecha del 28 de diciembre.

Entre muchos comentarios de la prensa extranjera sobre el hecho de haber repasado nuestras tropas el Ebro merece ser destacada la información que publica la "National-Zeitung", órgano capitalista suizo. Dice el corresponsal: Después de poco menos de cuatro meses ha terminado la batalla en la orilla derecha del Ebro. Franco necesita siete ofensivas gigantes e interrumpidas para recobrar aquel terreno que los republicanos conquistaron, por medio de un audaz golpe de mano, durante tres días, después del 24 de julio. Los rebeldes tuvieron que disminuir su ejército en más de cien mil de sus mejores soldados y millares de toneladas de obuses y bombas de aviación, como asimismo un material bélico de inmensas proporciones fué despilarrado para hacer del Ebro, nuevamente frente fronterizo contra un adversario que dispone únicamente de un número muy restringido de aviones y de poca artillería.

Cuando los republicanos atravesaron el Ebro, ya tenían estabilizado su frente del Este; en cambio necesitaban tiempo para fortificar el frente de Levante y reorganizar el Ejército que se encuentra delante de Valencia. El avance de las tropas gubernamentales a través del Ebro, las concedió este tiempo, y movilizó el ejército rebelde de tal manera que ya no logró en ningún frente la menor ventaja. Si hoy se ocupan nuevamente las antiguas posiciones de julio ha cambiado fundamentalmente la situación de la República. Ella ha aprovechado el tiempo para construir dos grandes sistemas de fortificación en Cataluña y en el Frente de Levante. Ha creado un ejército completamente nuevo y la batalla del Ebro, ha enseñado que este Ejército ya se transforma en ejército de ataque.

La retirada de las posiciones de la orilla derecha del Ebro no causa en el campo gubernamental el más mínimo decaimiento. En cambio, se conoce ahora el valor de un ejército que puso a prueba su perfeccionamiento técnico a través de la defensa durante cuatro meses de un terreno pequeño y dificultoso. El territorio de la orilla derecha del Ebro sirvió a la inmovilización del Ejército enemigo en un sitio que era favorable para los republicanos y que sobre todo carecía de peligro. Defender aquel territorio, por más tiempo mediante un gran ejército hubiera carecido de sentido (sino había de servir, dentro de poco, para un avance decisivo más allá de esta cabeza de puente. Después de considerar bastante consolidado su sistema defensivo, sigue la República únicamente un plan establecido, desde hace tiempo para disponer de un ejército, mediante la evacuación de la orilla derecha del Ebro a fin de conseguir otros objetos.

S. I. P. F. A. I.

Se está con el antifascismo o contra el antifascismo

A los dos años y medio de guerra —volvemos a decirlo— no puede haber en nuestra zona más que antifascistas y enemigos o fascistas. No caben términos medios ni posiciones ambiguas. Esta guerra está siendo pródiga en lecciones y experiencias y nadie puede llamarse a engaño o aducir que no tiene suficientes elementos de juicio para pensar de un modo o de otro. Aceptamos que el antifascista se vista de político, o de proletario, de moderado o de revolucionario, que dentro de él caben tendencias de distinto calibre transformador. Lo que no aceptamos es llamar amigo al que no se haya declarado antifascista.

Ya no es posible conculgar con ruedas de molino. Se es antifascista o se es fascista. Se es antifascista porque se quiere, de verdad, que España tenga una vida digna, libre, independiente y progresiva, capaz de orientar sus destinos por los cauces que el propio pueblo construya en afanes que no encuentren obstáculos para desarrollar su genio creador. Se es fascista si se justifican los procedimientos salvajes de una guerra totalitaria; si se excusa que unos facciosos traidores a su patria hayan permitido que invadan nuestro territorio y robado las riquezas del pueblo otras potencias que quieren dominar al Mundo y retrotraer a la Humanidad a la opresión y a la tiranía; si no se encuentra, entre indignación y dolor, el apóstrofe que merecen los asesinos de ancianos y niños y los destructores de hospitales, escuelas y monumentos artísticos.

En dos años y medio de guerra brutal, en la que se han puesto al descubierto todas las intimidades y recovecos de la conciencia, ya no se puede ser otra cosa que antifascista o fascista, libre o esclavo. Y sabiendo que ha pasado tiempo suficiente para que rectificasen su error los equivocados o su convicción los convencidos; para que nuestros enemigos, por el libre ejercicio de su observación y de su razón, se entregaran con pasión a nuestra lucha y a nuestra causa, decimos que quien en estos momentos no esté deliberadamente con nosotros, está contra nosotros. Y no valdrá advertirnos que puede haber resentidos o maltratados, gentes que rumien todavía injusticias y agravios, porque la guerra es una prueba demasiado cruel para albergar otra cosa que un convencimiento. Si no hay rencor que cien años dure, no hay agravio que no haya podido quedar liquidado dentro de esta contienda devastadora, superior a todas las lecciones de la Historia.

Quedamos, pues, en que el resentido, el que todavía se sienta agraviado, se tapa su verdadera imagen con un antifaz y sigue siendo fascista. Y convenimos también en que han podido evolucionar muchos hombres ofuscados hacia el antifascismo, rectificando —porque aceptamos como posible la rectificación— toda una vida cargada de errores o desviaciones. Estos habrán encontrado ya ocasiones múltiples para probar su antifascismo y su entrega sin reservas a la causa que defendemos en las trincheras. Si así es, nuestra magnanimidad no ha de faltarles, porque no somos sectarios. Estarán conviviendo ya con los antifascistas y ante ellos se hallarán reivindicados. Para los otros, para aquellos que no hayan encontrado aún ocasión de probar su nuevo estado de conciencia y de razón, no tenemos perdón y han de tenernos vigilantes. Siguen siendo enemigos y hay que descubrirlos para que no cometan más traiciones. Con ello cumplimos el requerimiento del Gobierno y cumplimos, sobre todo, con el deber y con la táctica que el triunfo nos exige.

¿Podríamos conceder a los que todavía no se han arrojado al Jordán purificador, puestos de responsabilidad, ya sea en organismos oficiales, en empresas privadas o en centros de producción y distribución? De ningún modo. Teniéndolos apartados de toda gestión o cometido de guerra —y en las presentes circunstancias todos son de guerra— nos inquietan porque estamos persuadidos de que algo trampan y realizan, pero si cometiéramos el dislate de ofrecerles puestos y empleos, ¿con qué garantías contaríamos para su labor y cómo podríamos pedir que en ellos depositaran confianza los antifascistas que tuvieran que aceptar la compañía y colaboración de semejantes sujetos? Nuestros buenos sentimientos tienen que hallar un límite: el de la victoria. Nadie puede obligarnos a meter en nuestra casa a los enemigos, ni a los que vengan a estorbar nuestra cordialidad o a dificultar nuestra convivencia.

Convivencia, sí; con los leales, con los antifascistas, con los probados, con los que siguen dispuestos al sacrificio hasta conseguir una patria libre. Con los enemigos, nunca. Porque no seríamos generosos ni magnánimos; seríamos, en todo caso, unos pobres seres que, alardeando de fuertes y de nobles, entregaríamos nuestro patrimonio y nuestro honor al asalto de los taimados y de los traidores.

Ministerio de Defensa Nacional

PARTE OFICIAL DE GUERRA

EJERCITO DE TIERRA.—Este.—Los invasores han continuado en la jornada de hoy sus durísimos ataques por el sector del bajo Segre, siendo totalmente rechazados una y otra vez por el heroísmo de los soldados españoles. La acción de la infantería italiana ha sido apoyada por mayor cantidad de medios materiales que en los días precedentes, siendo intensísima, sobre todo la acción de la aviación y tanques. Dos tanques de los extranjeros han quedado destruidos frente a nuestras líneas de Cogull, donde, por fuego antiaéreo, han sido abatido un Fiat.

En la zona de Tremp la batalla prosigue asimismo con extraordinaria violencia. Las fuerzas al servicio de la invasión ven diezmar sus filas por el fuego certero de nuestras armas; después de cinco costosísimos asaltos, totalmente rechazados, lograron ocupar las cotas 883 y 1.100, que los soldados españoles contraatacaron.

En el sector de Balaguer desde las primeras horas de la mañana el enemigo inició una intensísima preparación artillera, que duró cinco horas, lanzando sobre nuestras posiciones más de 10.000 proyectiles, pero los soldados españoles, soportando heroicamente la densidad del fuego, rechazaron con bombas de mano, varios asaltos de los tanques extranjeros, dos de los cuales quedaron incendiados cerca de nuestras posiciones, retirándose los restantes, así como la infantería enemiga, que llegó a salir de sus trincheras, y ha retrocedido ante la fuerte resistencia republicana.

Entre los prisioneros extranjeros capturados, figuran los siguientes: Alfredo Rasso, Caruso Mateo, Pietro Silenti; también ha sido recogido el cadáver del teniente italiano Walter Masella.

En todos los sectores actuó la aviación, derribando en combate un Fiat, y un Meissel Schmitd. Los aparatos derribados por nuestras D. E. C. A. en la jornada de ayer, que se consignaron en el parte, fueron 3: dos Dornier-17 y un Heinkel-111; todos ellos cayeron incendiados en nuestra zona, recogándose nueve cadáveres de los tripulantes, tres de ellos sin posibilidad de identificación, por hallarse casi carbonizados. Otro de los aviones extranjeros se lanzó en paracaídas, y al no abrirse éste se estrelló contra el suelo.

CENTRO.—En la noche última fué fácilmente rechazado por nuestros soldados un golpe de mano en el sector de Guadalajara.

En los demás frentes, sin noticias de interés.

AVIACION.—Los aparatos italogermanos agredieron durante la noche pasada y la jornada de hoy, Alcaracejo, Belalcázar, Valencia, Barcelona, Tarragona, y otros puntos del Sur y de Cataluña, causando víctimas entre las poblaciones civiles.



El grito "¡Córcega, Túnez!" va cuajando cerca de Djibuti, desmintiendo a Chamberlain

El camino del apaciguamiento se va recorriendo por las potencias occidentales. Todos los síntomas confirman esta realidad. Chamberlain puede continuar su política maravillosa, mientras disfruta de las navideñas fiestas. El mundo, gracias a sus esfuerzos, no vive en guerra, aunque la paz que disfruta no pueda ser más repugnante, peligrosa y precaria, en demostración de que el arquitecto del apaciguamiento es poco afortunado.

El tratado angloitaliano entró en vigor, a pesar de que el problema de España sigue, como asimismo la invasión italiana, haciendo irrisión de tal puesta en vigor del plan británico

precisamente porque el apaciguamiento fué una farsa, exactamente igual que lo fué la "no injerencia", la "no intervención", la comedia de Ginebra, el control en el Medi-

terráneo y las resoluciones a que obligaban las Comisiones de encuesta creadas por el primer ministro británico, para hacer que hacía, sólo para hacer que hacía, explotando la buena fe de los que creyeron en ese político siempre afirmando en los Comunes lo que negaban los hechos.

La paz de Munich, un éxito, según afirmó solemnemente este hombre ante los periodistas extranjeros, para que así lo airearan a los cuatro puntos cardinales, se demuestra cada día que pasa que fué una capitulación vergonzosa. Para evidenciarlo ahí están las últimas noticias. Los gritos de la Cámara italiana —¡Túnez, Córcega!—, como luego la añadidura de Djibuti, se van haciendo amenaza contundente, dejando en paños menores a ese pacificador siniestro, sacrificador de Abisinia, aunque hiciera al Negus doctor "honoris causa" de la Universidad de Oxford, para mayor escarnio. Reconocedor del de Austria y autor de la desmembración fraudulenta de Checoslovaquia y de la invasión de España. Las tropas italianas se concentran cerca de Djibuti, la ciudad del ferrocarril a Addis Abeba, francés por el control que Francia ejerce, pero no menos importante para Inglaterra, puesto que el puerto de Adem es vital para el imperio británico por caer bajo su influencia.

Por eso el grito de la Cámara italiana, "¡Córcega, Túnez!", se agrandó en la boca de los estudiantes italianos, exclamando "¡Córcega, Túnez, Djibuti!".

Ahora puede que se dé cuenta Chamberlain del peligro que implicaban los gritos irredentistas de los parlamentarios italianos, a pesar de las burdas excusas de Ciano a lord Perth, admitidas como honradas explicaciones.

¿Qué dirá ahora el pacificador de Munich? ¿Se conformará con las burdas aclaraciones a los irredentistas gritos? ¿Y en París? En París se consuelan diciendo que en esta zona no hay agua, y que las tropas difícilmente resistirán de sed. Pero este consuelo es el que ha hecho que el fascismo avanzara, creyendo que no se atrevería a esto y a lo otro, aunque esto y lo otro haya sido la desaparición del equilibrio europeo, base de la política inglesa, la amenaza cierta de la seguridad de Francia, indispensable para el "statu quo" europeo, y la desaparición de la libertad del mar Mediterráneo, no menos necesaria para que un estado de cosas europeo no quedara roto.

Mussolini amenaza a Francia, preparando los peones en la Somalia francesa, al mismo tiempo que denuncia el tratado francoitaliano, suscrito por el nefasto Laval.

Esto lo realiza a la vez que las divisiones italianas quieren abrir brecha en el Este, desmenuzando al pacificador inglés, igual en el problema de España que en el del irredentismo italiano. Y ahí está la realidad: junto a Djibuti ha sonado el grito de "¡Túnez, Córcega!", quizá esperando que nuevas concesiones le entregará Inglaterra y Francia, intentando repetir con nosotros el crimen de Munich.

Todo se puede esperar de los fariseos Citrines de la "no injerencia"; pero para evitarlo, en el Este están los Españoles, que no son checos, ni abisinios, ni tampoco ingleses.

Visado por la censura

S. U. de las I. del P. y A. G.—C. N. T.